

Sergio Nuño

“Mi amor por la naturaleza se transformo en mi motivo de vida”

Qué se siente cuando se despierta en una carpa con el aire fresco de la mañana, con el sonido de un estero corriendo, de los pájaros cantando.

Nos hemos olvidado de esa sensación tan extraordinaria que nos vuelve a conectar con nuestra esencia más profunda, ya que somos hijos de la naturaleza, somos parte de la naturaleza y a ella nos debemos.

Básicamente, no somos más que ningún otro habitante del planeta, la naturaleza no nos ha otorgado privilegios especiales que justifiquen nuestra creencia que estamos por sobre todos los otros animales y que la naturaleza fue creada para servirnos de ella. Si hasta nuestra religión católica o cristiana nos dice que Dios nos creó a semejanza de él y que nos envía la tierra donde el creador ha dispuesto de todo lo necesario para nuestra existencia, poniéndonos en un rol de supremacía.

Gracias a la ciencia en su estado más simple observa, analiza, deduce y compara resultados de cada fenómeno natural, hemos podido comprender que nuestro origen como especie no es diferente al de un mono africano o de un diminuto ratón con el que compartimos más del 90 % de nuestros genes.

Sin embargo hemos olvidado lo esencial del contacto con nuestra madre tierra, con su olor después de una lluvia, con el aire frío que llena nuestros pulmones o con el calor agobiante que creemos no seremos capaces de soportar.

Desde que andábamos desnudos por las planicies africanas hace 4 millones de años hoy día, mucho ha cambiado desde nuestro cuerpo a nuestra capacidad de racionamiento, sin embargo los cambios más rápidos se han producido en los últimos 6 mil años, desde que desarrollamos la capacidad de escribir, de dejar un registro de nuestras acciones. Y eso ocurrió en medio oriente, ya que en América, donde el hombre recién llegó como especie hace unos 30.000 años, nunca se llegó a desarrollar la escritura como la conocemos, siendo los Mayas los más avanzados al utilizar signos que representaban acciones o ideas, llegando incluso a desarrollar un calendario extremadamente preciso.

No quiero perder la idea de a dónde voy con esta charla, y es porque el amor por la naturaleza ha logrado convertirse en motivo de vida y existencia. Sin embargo para entenderlo es fundamental sacarnos la pesada mochila y el traje que llevamos puesto, que nos aleja de la tierra, tal como un traje de astronauta, le impide tocar el suelo de la Luna o de Marte.

Quiero que lleguemos a la base de nuestra existencia, pues eso es lo único que nos permite establecer la conexión con nuestra madre tierra.

A través de 40 años dedicado por completo al estudio de las plantas y animales, de la geología, de las grandes extinciones, de la separación de los continentes, de las glaciaciones, es tanto el conocimiento por el que he debido transitar para entender los fenómenos de la vida en la tierra, que

hoy puedo decir con convencimiento que el ser humano, se olvido que somos parte de la naturaleza. Nos hemos convertido en maquinas para fabricar dinero, bienes y placeres.

Nos olvidamos que hace muy poco, apenas 10 mil años, nuestros parientes, nuestros antecesores, debían salir cada día a buscar una presa para alimentarse, y cuando no la encontraban, recolectaban cuanto fruto silvestre estuviese a su alcance. Por eso nos convino ser omnívoros, es decir que podemos comer de todo. Poca animales son como nosotros, pocos animales son tan débiles como nosotros, hasta un canguro es capaz de matarnos, para que hablar de un puma o del ataque de un guanaco enfurecido, y no me refiero a los de Carabineros precisamente.

En el proceso de convertirnos en seres modernos, desarrollados, se nos olvido la humildad de recordar de donde provenimos. Si hasta nos hemos inventado divisiones que nos clasifican en habitantes originarios y habitantes invasores. Qué culpa tengo yo que un español se haya venido a Chile hace 500 años y que mi familia lleve ya 5 siglos habitando esta tierra para que ahora me digan que un mapuche o un atacameño tiene más derechos que yo de vivir en esta tierra por el solo hecho que ellos llegaron aquí 500 años antes que mi pariente español. Somos un solo pueblo, unidos por nuestros símbolos naturales que nos identifican como chilenos, la cordillera de los Andes, el mar, el desierto, los canales, los glaciares, los bosques de araucarias de alerces o de coigües.

Yo no soy español, desciendo de un español, pero hace siglos que ya vivo aquí, y mi viento, mi mar, mis montañas, me identifican.

Y como vivimos en una mole de cemento, dormimos entre cemento y fierro, invadidos de radiaciones extrañas, con sonidos de maquinas, ya no buscamos nuestro alimento en la naturaleza, sino que vamos al supermercado, donde la carne esta trozada, en una bandeja sellada, como si la vaca de donde salió, nunca hubiese existido, tomamos leche de una caja, fabricada, con un poco de leche fresca y el resto relleno con ingredientes en polvo mezclados con agua, comemos masas que contienen mas ingredientes químicos que harina pura. Nos hemos olvidado que somos de la tierra, somos superiores, ya no necesitamos la tierra, por eso la ensuciamos, la destruimos, exterminamos los peces.

Sabe ustedes cuantos miles de peces deben pescarse, molerse, secarse y procesarse para que nos comamos un salmón de un par de kilos. Averígüenlo, y verán que algo no anda bien en el sistema. Ya no quedan peces en el norte, llegamos a ser el primer productor mundial de harina de pescado, de anchovetas y sardinas. Ya no quedan, los barcos están en tierra, vaciamos el mar más rico del mundo en 20 años de pesca intensiva.

Lo mismo está ocurriendo hoy con los huiros de la costa. Son un ingrediente altamente demandado en Asia para fabricar cremas, alimentos, medicinas. Hemos casi exterminado los huiros de las costas. Y ahí vivían millones de millones de peces, crustáceos, moluscos, y una infinidad de otros animales que su existencia dependía de la aquellos bosques submarinos de plantas marinas.

A comienzos del 1800 un sabio alemán que nos dejó el nombre de la corriente marina que baña nuestras costas, Alexander Humboldt, llevo a Europa muestras de guano de ave marina, que por millones vivían en las costas del norte de Chile, Bolivia y Perú, y digo, Bolivia, por si alguno no ha

leído bien la historia de nuestros pueblos, ya que Bolivia tenía más de 300 kilómetros de costa y nos separaba del Perú. Chile llegaba hasta las cercanías de la actual ciudad de Taltal, unos 300 kilómetros al norte de Copiapó.

Volviendo a las aves marinas y su estiércol, que los nativos de esta tierra le llamaban guano, en Europa comprobaron que era un extraordinario fertilizante. Y estaban urgidos en aquel entonces por un milagro que volviese a sus tierras a la vida, ya que tras siglos y siglos de cultivos, ya no quedaban nutrientes en el suelo agrícola, y ya nada crecía como antes. Había hambre en Europa, las cosechas se alcanzaban para paliar el hambre. Y el guano logró el milagro, volvieron las tierras a ser fértiles, y el trigo renació.

Entonces, el guano tomó valor, y mucho valor, a tal punto que las costas de Bolivia y Perú se convirtieron de la noche a la mañana en verdaderas minas de oro puro. Y como era un trabajo duro y sucio el extraerlo, nada mejor que traer esclavos de China y hasta isla de Pascua para sacar el guano. Sin más paga que un plato de comida, un colcho de paja y un techo, los esclavos se encargaron de llenar barcos de guano que dejaron las más grandes fortunas de la época en ambos países, llegando Chile al final de la repartija.

Que sucedió en estos países con tan rica industria, se construyeron trenes, edificios y ciudades. En contraste, las aves perdieron sus sitios de nidificación hasta casi llevarlas a la desaparición. Se acabó el guano, luego se acabó el salitre, se acabaron los peces, un día se acabó el cobre y el petróleo, y la maquinaria humana se detendrá, si es que alcanzamos a llegar a ese momento y no hemos destruido todo lo que nos mantiene con vida hoy. Ya nadie duda del calentamiento global y la responsabilidad del hombre en acelerar el proceso que está derritiendo los glaciares.

Ya no podremos tomar un viaje a Alaska o a la Laguna San Rafael para ver los hielos. Eso no es lo importante, ya no tendremos agua fresca para beber, estaremos obligados a fabricarla de la del mar, pero con un consumo de energía tan grande que no habrá dinero para comprar el agua. Los campos se agotarán tal como le pasó a Europa hace 200 años. En Chile, ya nadie planta trigo, lo importamos, acá producimos manzanas, arándanos, kiwis, naranjas, mandarinas, todo por millones, así vemos nuestras frutas en China o Estados Unidos, en Europa o en Singapur.

Ya no queda gente que trabaje la tierra, todos somos de la ciudad, de las moles de cemento, de las autopistas, de los tacos, para que hablar de aquella mayoría silente que cada día se debe comprimir como ganado en camión de feria en los buses o el metro.

Entonces vuelvo a ese amanecer en carpa, en un valle con río que corre con aguas transparentes, con aire de la montaña, y sentimos esa maravillosa sensación, embriagante, vital, salimos apenas vestidos de la carpa, nos lavamos la cara, sentimos el sabor del agua, tomamos café en un tazón de lata, y el café sabe más rico que en la máquina eléctrica de casa. Hacemos fuego con palitos, hacemos pan y lo cocemos entre las brasas, lo comemos con cenizas, solo le ponemos mantequilla, y nos parece el más rico de los desayunos.

Eso es lo que algunos gozan durante diez o 15 días en verano, aunque muy pero muy pocos, sin estar rodeados de cientos de personas.

Cada día estamos más lejos de nuestra tierra, de nuestro origen, cada día somos más humildes, cada día somos menos capaces de sobrevivir sin la maquinaria que hemos creado, sin la billetera, sin los bancos y las deudas.

Probablemente ninguno de los aquí presentes, y me incluyo yo, seríamos capaces de sobrevivir un mes sin la civilización, hay un programa de televisión donde dejan a unas personas desnudas en un lugar y los filman mientras tratan de sobrevivir, la mayoría no lo consigue.

Seríamos capaces de cazar una liebre o un guanaco, de descuerarlo, de cortar la carne sin un cuchillo de metal, cuantos aquí saben cómo cultivar, cuando sembrar, cuando cosechar, como saber la hora o el día del año sin reloj ni calendario. Somos capaces de venir a la Universidad, de aprender las materias más difíciles, pero no sabemos lo más simple de la vida.

Bueno, por esa razón, porque me intoxique con la naturaleza, con su olor, su aire, su sabor, que no pude hacer algo más en mi vida que buscar como vivir con mi gran amor, con la energía y fuente de mi vida, la naturaleza.

Por eso me convertí en documentalista para conocer la tierra, para aprender todo lo que pueda de ella y transmitir esos conocimientos que recabo a mis espectadores a quienes trato de transmitirles mis emociones, mis pasiones, mis temores, mis impresiones más íntimas.

Y así nace La Tierra en que Vivimos, por eso vivo en la montaña, para sentir la tierra, por eso necesito hacer algo que me permita estar en contacto íntimo con lo que más amo, mi tierra, mis montañas, mis ríos, mis desiertos, mis canales y mis glaciares. Por eso aprendí a bucear, a pilotear a navegar, para llegar a los lugares más aislados de la tierra, para descubrir sus secretos, para vencer la soberbia humana, para darme cuenta que no soy más que un mono, un cóndor, un huemul o una vizcacha, que esta tierra en que vivimos es de todos, y que debemos aprender a compartir, a cuidar y proteger.

Y como probablemente la mayoría de Ustedes nunca han visto mis programas que comencé a filmar en 1980, quiero mostrarles algo de lo que hago junto a un equipo maravilloso de personas, mis colaboradores, mis compañeros y amigos de toda una vida, camarógrafos, sonidistas editores, productores, músicos, biólogos, geólogos, historiadores, científicos en general.

Bienvenidos entonces a La Tierra en que Vivimos, bienvenidos a esta declaración de amor a la naturaleza, de la que todos somos parte.